

incapaz de escribir folletos grotescos contra una dama, no le hará gracia maldita que le apliquen los méritos del oficial de Estado Mayor que cuenta en su brillante hoja de servicios tal proeza.

No he de decir más sobre el tan asendereado asunto, remitiendo al lector al antes Epílogo, que ahora figura á continuación de este Prólogo. Me resta advertir que he suprimido en la presente edición algunos capítulos de las *Crónicas*, porque versan sobre temas de literatura francesa ó española, que en otros trabajos y con mayor detenimiento y reflexión he tratado después. Asimismo he procurado recortar superfluidades y personalismos que en la crónica periodística se excusan y en el libro desdican. He respetado lo esencial,—una impresión fuerte, vivaz y espontánea del París de la Exposición, y un relato de viaje que todavía, á pesar del tiempo transecurrido, hay quien tiene la bondad de leer gustoso.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EPÍLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN

ESTE libro, y su hermano el titulado *Al pie de la torre Eiffel*, se compone de crónicas, en su mayor parte escritas con destino á la prensa americana. Baste advertirlo para que las personas enteradas de cómo se forja el trabajo periodístico, excusen los defectos en que abundan los dos tomos y comprendan que no pueden ser obra de observación profunda, de seria y delicada análisis, de fundada doctrina, ni de arte reflexivo y sentido, elaborado en los últimos camarines del pensamiento ó en las delgadas telas del corazón. La necesidad de escribir de todo, y deleitando é interesando, aunque se traten materias de suyo indigestas y áridas, obliga á nadar á flor de agua, á presentar de cada cosa únicamente lo culminante, y más aún lo divertido, lo que puede herir la imaginación ó recrear

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1910. 1625 MONTERREY, MEXICO

el sentido con rápida vislumbre, á modo de centella ó chispazo eléctrico. En crónicas así, el estilo ha de ser plácido, ameno, caluroso é impetuoso, el juicio somero y accesible á todas las inteligencias, los pormenores entretenidos, la pincelada jugosa y colorista, y la opinión acentuadamente personal, aunque peque de lírica, pues el tránsito de la impresión á la pluma es sobrado inmediato para que haya tiempo de serenarse y objetivar. En suma, tienen estas crónicas que parecerse más á conversación chispeante, á grato discreteo, á discurso inflamado, que á demostración didáctica. Están más cerca de la palabra hablada que de la escrita. Ley aplicable en general á todo el periodismo, y particularmente al que ha de leerse en la América del Sur. En esos países de cultura naciente y tan robusta ya, el libro de procedencia europea corre y se busca tanto ó más que en las mismas tierras donde se escribe y publica: el libro se compra á fin de instruirse, el diario para recrearse: lo que se pide, pues, al cronista es la personalidad y el atractivo, el brillo y aun la petulancia, que distinguen su crónica rauda y volante del volumen maduro y sesudo, erudito y oneroso, venal ya en todas las librerías y con puesto indicado en los estantes de todas las bibliotecas.

Por otra parte, gracias á la distancia, cosas familiares aquí para los lectores, de las cuales se dice lo muy suficiente con dedicarles alguna pasajera alusión, en América (si ha de entenderlas el público) hay que presentarlas de un

modo punzante y contundente, á veces hiperbólico, y siempre aspirando á conseguir aquella cualidad que, según Byron, era esencial á la belleza femenina, y en mi entender lo es á la prensa—la animación.

De haber sido escritas para público americano, originase también una falta ó exceso de estas crónicas: cierta *galofobia* acentuada en la forma aunque templadísima en el fondo. En efecto, la epidermis del espíritu se irrita á veces y la irritación superficial dicta censuras que con suma facilidad pueden convertirse en arranques de impaciencia: arranques pasajeros, que la reflexión corrige, sin evitar que se reproduzcan ante nuevos estímulos, cuando prevenido el ánimo y en actividad la pluma, acuden á ella conceptos no meditados, lo que en francés se llama *houlades* y en castellano *genialidades*. Yo no lo niego: aunque nacida en un país del Noroeste, soy al pronto impresionable como cualquier *Tartarin*; pero creo que bajo la hoguera está la nieve, y que en las capas profundas de mi espíritu reina la calma: hasta advierto en mí acentuada propensión á ver el pro y el contra de muchas cuestiones, á cruzar la espada con el escudo, buscando justicia entre el apasionamiento de ataque y defensa. Por eso á sangre fría, deseo rectificar, no resulten mis crónicas un libro *misogallo*, ó antifrancés, que diríamos aquí. Bien quiero á mi patria: sin embargo, ¿qué tiene que ver este cariño natural, instintivo y fuerte, con denigrar por sistema á país alguno? ¿Qué se consigue con negar el he-

cho patente de que muchísimas naciones saben, pueden y valen más que nosotros, y nos aventajan en cultura, en arte, en ciencia, en salubridad intelectual, en vida? Contraería seria responsabilidad si ayudase á inducir á mis compatriotas en el error de que Francia, aunque semejante á nosotros en ciertos defectos de carácter, de los cuales he de repetir siempre *in hoc non laudo*, no es una nación de *primer orden civilizador*, y no obraríamos cuerda-mente estudiando lo mucho que en ella merece estudiarse, conocerse, imitarse, respetarse y admirarse inclusive.

La Exposición, triunfo moral y manifestación briosa de lo que Francia emprende y consigue, no debe en conciencia servir de pretexto para denigrarla. Conviene que lo declare, porque sentiría que se confundiese el lenguaje apasionado y rápido del cronista con la opinión segura que se forma de los sucesos, cuando, consumados ya, calmado el estrépito que ocasionan, los aprecia tan sólo nuestra conciencia imparcial. Si en América conviene excitar un poco la fibra del afecto hacia España, en España importa aclarar el pensamiento hasta la transparencia, evitando que los que leen aprisa traduzcan *ad libitum* y afirmen que, en mi concepto, Francia es un buñuelo, y los franceses, porque nos conocen mal y se enteran poco de nosotros, ya no entienden palotada de cosa alguna. No, y siempre no. Francia ni puede ser nuestra aliada política, ni cabe que la adoptemos por modelo exclusivo, imitándola servilmente en todo;

pero esto no quita para que sea una grande, poderosa, ilustrada, activa y fuerte nación: plegue á Dios que algún día podamos afirmar de nosotros mismos, con fundamento, otro tanto.

*
*
*

Aparte del tono un poquillo arrogante y *misogallo*, que declaro más bien necesidad retórica que expresión de un concepto reflexivo, tienen mis crónicas otros muchos lunares, especialmente si no se las considera como tales crónicas, sino como libros de *letu*. ¿Qué le importa ya á nadie en España la escapatoria de Boulanger, la agitación promovida por sus partidarios, el proceso que contra el presunto dictador instruyó la alta Cámara parisiense? De sobra comprendo que todo ello ha caducado para el interés de los lectores españoles, perteneciendo únicamente á la historia definitiva. Los sucesos evejecen pronto, y si acaso fuera más tolerable el vestir hoy como Ana de Austria que como un figurín de hace treinta años, también fuera más airoso y socorrido hablar de Turena ó Marceau que de Boulanger. Con todo, el cronista tiene que aprovechar esa actualidad momentánea y efímera, y servirla á su público calentita, hirviendo, espolvoreada de sal ó de azúcar, y á veces hasta de pimienta ligera. En el libro se ve luego la inconsistencia de tales merengadas. La autora la conoce clarísimamente, lo cual no le sirve de consuelo.

Aun por eso—me dirán—no debió haberlas

reunido en volumen: mejor fuera dejar los recortes de papel que se ranciasen y se hiciesen polvo en algún cajón de los que sirven á los autores para esconder pecados añejos, dramas nonnatos, versos ripiosos y argumentos ó planes de novela que se quedaron en agua de cerrajas. A lo cual respondería yo con varios argumentos, acaso insuficientes para la justificación, pero al menos impulsivos y determinantes para la acción. Habiéndose publicado mis crónicas en diarios de la América latina que aquí no circulan, bastantes amigos de los que leen con infatigable benevolencia cuanto escribo, me pedían prestados los recortes, y como me fuese difícil proporcionárselos, me instaban á que hiciese una edición, alegando que ningún libro se había publicado en España sobre el asunto del Certamen internacional, y que el mío podría ser grato á mis constantes lectores, consiguiendo algún éxito y muy buen despacho. De la misma opinión fue mi inteligente y animoso editor, el Sr. Manso de Zúñiga, fundador de la importante casa *La España Editorial*; y los hechos justificaron el dictamen de editor y amigos, pues la tirada copiosa del primer tomo ya se encuentra punto menos que agotada, al mes y medio de haber visto la luz. Excusa suficiente me parece ésta para el autor, aunque el crítico severo que dentro llevamos todos frunza el ceño.... y ojalá lo desfrunciese otras veces, cuando sudan las prensas libros míos de elaboración más detenida.

*
*
*

No menos trasnochada y fiambre que el proceso del general Boulanger (si es que alguna vez estuvo fresca y en punto) es la cuestióncilla provocada por este libro, de la cual voy á decir, por ineludible necesidad, breves palabras. La tal cuestióncilla, que no me resuelvo á llamar *militar*, me parece asaz insignificante para entretener con ella largo rato al público, que, como dicen nuestros vecinos, *n'aime pas q'uon l'embête*, y detesta á los escritores posmas que atribuyen gigantesta importancia á sus rencillas y preocupaciones personales. El caso fue—para despachar y no hablar en jergológico—que dos párrafos del primer tomo de mis crónicas, los contenidos en las páginas 183 y 184, ocasionaron algunas que no sé si llame protestas, procedentes de algunos que no sé si llame oficiales del Ejército: y adopto este tono hipotético y dubitativo, porque realmente, como sólo dos de los artículos ó sueltos que con tal pretexto vieron la luz están firmados, de los restantes, anónimos y, en su mayoría, de grosero é insultante estilo, bien cabe dudar si los escribieron militares ó paisanos, ya que no consta el nombre de los autores. Al principio el alboroto, un diario de provincia echó á volar la noticia de que á causa de mis apreciaciones iban á demandarme de injuria y calumnia los oficiales de la guarnición de mi pueblo natal, *Marineda* en la geografía novelesca, la Coruña entre las capitales de provincia españolas. Cuando recogieron la especie, por su extrañeza, los periódicos madrileños, y *La Épo-*

ca dedicó un artículo muy gracioso y cortés á la hipótesis de mi enjuiciamiento criminal, juzgué llegado el caso de dirigir á este último periódico unas cuantas líneas desmintiendo autorizadamente el *canard* y adelantando algo de lo que pensaba escribir en este epílogo sobre el asunto. Decía en mi carta á *La Época*, que para saber si la noticia de la demanda ante los tribunales tenía algún fundamento, ó era, como yo pensaba, una paparrucha que la escasez de asuntos interesantes hizo recoger á un periódico local, me había dirigido á la autoridad militar, Sr. Sánchez Bregua, suponiendo que acuerdos de esa índole no los toman por sí y ante sí los subordinados; y que el Capitán general del distrito me contestaba que no sabía nada, ni había llegado á oídos suyos la menor noticia que á semejante proyecto pudiera referirse. Y enseguida añadía yo, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

Dos hechos me han sorprendido en este asunto. El primero, que se fijase la atención del público en quince ó veinte renglones de estilo entre humorístico y censorio, intercalados en una obra que ni por su índole ni por su procedencia aspira á competir con la tan famosa del marqués de Santa Cruz de Marcenado. No creo que los militares que tengan uso de razón — y me apresuro á añadir que son muchísimos — abriguen la pretensión de declararse colectivamente inviolables. Escritores y periodistas juzgan y hablan de todo, según les place y entienden, en uso de un derecho estricto, siem-

pre que respeten el límite sagrado de la vida privada y la dignidad personal. Obras literarias, teorías científicas, instituciones, leyes y creencias, han sido y serán discutidas mientras haya pensamiento y pluma, y por lo tanto, no basta formar parte de la milicia para pretender cercenar los fueros de la razón humana. Si la censura es desautorizada ó injusta, ya caerá de suyo; pero poner dique á la imprenta y grillos al pensamiento, no está en mano de nadie, ni lo conseguirá en nuestro siglo individuo ó colectividad alguna. Cuando tal absurdo pudiera imponerse militarmente, volveríamos á los tiempos del pretorianismo, á la era infausta de los Otones, Cómodos y Didios Julianos, restableciendo una especie de inquisición armada, peor que la de marras mil veces. Con efecto — y esto lo agrego ahora, pues en *La Época* no lo decía — si fuese verdad que no se puede imprimir cosa alguna que en opinión de varios individuos de una clase puede molestar poco ó mucho á esa clase, sin correr el riesgo de verse el varón atropellado y la mujer blanco de incalificables libelos, yo creería que vivíamos en pleno régimen de fuerza, en las peores épocas de la historia, en un período en que la justa libertad y el sentido moral habían emigrado juntos á otro planeta. Coacción serían, en efecto, el ataque á mano armada ó la provocación, actos que sólo deben realizarse con grave motivo, según aquel noble lema de las hojas toledanas que dice “no me saques sin razón ni me envaines sin honor,”; y coacción serían tam-

bién, terrible para un espíritu pusilánime, las injurias y las vociferaciones, aunque procediesen de muy bajo lugar, y sólo pudiesen, en buena ley, mover á risa. Quien manda en su albedrío con dignidad racional, conserva siempre, no sólo la inquebrantable energía de la convicción, sino el propósito de no faltar á la equidad en ningún caso. Deseosa de mostrar este espíritu de templanza, me juzgo obligada á consignar aquí, para satisfacer á ciertas preguntas de mis amigos, que á pesar del tono de algún escrito que contra mí se ha publicado, no se ha ejercido tentativa de *chantage*; no se me ha pedido dinero ni amenazado privadamente, como sucedió hace años á varias señoras de Barcelona y Valencia. Muéveme á declarar esto la justicia, que se debe hasta al más vil de los hombres; hasta á un licenciado de presidio.

Claro está que el Ejército, en su inmensa mayoría, en las figuras que lo caracterizan y aun en la masa que lo compone, supongo que probablemente ni se ha enterado de estas menudencias: porque ¿quién me asegura, insisto en ello, que sean oficiales la infinidad de señores que se han puesto conmigo á media correspondencia, ellos escribiéndome cartas impresas y yo no contestándolas? Así se lo manifestaba al público en las columnas de *La Epoca*, añadiendo que la circunstancia de que el foco inicial de la supuesta indignación fuese mi propia ciudad natal, Marineda, me hacía presumir que bajo la capa de la protesta militar debía de ocultarse

algún personal resentimiento de esos cuyos móviles y causas nadie ignora en la vecindad, y fuera todo el mundo presume. Y decía también que el incidente me recordaba cierta historia que me refirieron, acaecida á una dama aficionada, como yo, á las letras, en una capital de provincia. Recibía esta señora en sus reuniones á dos rancheros literarios, aunque oficiales del Ejército. Tuvo el uno de ellos la mala idea de leer una noche, como suya é inédita, una poesía que no era ni lo uno ni lo otro; y habiéndole puesto en compromiso la buena memoria de la sorprendida dama, y sucediendo después que otros versos, que acaso tampoco fuesen suyos (por más que lo parecían), no obtuviesen premio en un certamen que presidió la misma señora, el nuevo Ercilla renovó también el juramento de Anfbal contra las escritoras, y lo cumple siempre que puede sin grave riesgo y metiendo en danza á otros más estóldos todavía que él. Del rancho segundo me contaron que se figuró que aquella señora compartía la dulce é irresistible hilaridad con que acogió el público un su drama, y á la primera ocasión se desató contra ella, persuadido de que no había moros en la costa. Cuando un individuo de la familia de la dama le llamó al terreno en que los caballeros corrigen á los procaces, nuestro rancho recordó con emoción que era padre de familia, suscribió un acta digna de archivarse en un Museo de nuestras glorias, y hubo de retractarse en la misma hoja de berza donde publicara sus desahogos. La historia parece inverosímil,

y yo me resistí á creerla; pero me aseguraron que existen muchas personas asistentes á la reunión en que leyó sus versos el ranchero número uno, y que han leído el acta del ranchero número dos. Agregaba yo que casi siempre las indignaciones proceden de historietas análogas.

*
*
*

Me ratifico, aunque parezca machaquería, en que todo lo que voy diciendo no reza con el Ejército español, y declaro—pues conviene que se sepa—que los únicos renglones impresos que se han publicado con firma de oficiales, y son dos cartas de los Sres. La Guardia y Barado, se mantienen en los límites de la corrección, y por esto y porque estampan su nombre, miro á sus autores como personas regulares y estimables, y puedo—yo que jamás he mandado á la imprenta un renglón sin firmarlo—cruzar con ellos algunas frases, lo más cortas posible, (á fin de que no parezca que hacemos aquí de un cirio un monumento.)

Señor La Guardia: usted, en su carta,—publicada en *La Correspondencia*—manifiesta creer que yo entiendo principalmente de modas. Bueno: y entonces ¿por qué atribuye usted tan exagerada transcendencia á mis opiniones en otras materias? Lo que yo escriba de asuntos militares—aunque no fuese un rápido inciso—¿vale la pena de que usted llene tres columnas en un periódico que casi nunca recibe artículos extensos? Otra cosa: usted que admite el empleo de

la sátira, pues en su carta adopta tono satírico, ¿rechaza acaso el humorismo en las crónicas periodísticas? Si no lo rechaza, y está en sus medios intelectuales el entenderlo, ¿cómo un señor que parece tan discreto va á figurarse que yo censuro á los oficiales españoles porque contraen nupcias y tienen sucesión? ¡Ah señor La Guardia! Por muchos años la tengan, y sea numerosa y masculina, para defensa y prez del patrio imperio.

Y usted, señor Barado, ¿no cree en el fondo de su alma que mis ataques (si lo fuesen) al Ejército español no piden refutación tan pronta y eficaz como otros que por venir de personas doctas y entendidas en la materia y que visten uniforme, pudieran efectivamente amenguar su prestigio? ¿No entiende usted que, verbigracia, el libro reciente del Sr. Lapoulide *¡Pobre España!* donde se dice textualmente que “el sistema militar de España forma un conjunto zurcido á retazos, muy costoso para el país y lo menos útil posible”; donde este distinguido escritor vaticina y pinta con colores que asustan y entenebrece el espíritu el desastre de nuestras armas en el caso de una guerra, reclama mayor atención que mis cortas y desautorizadas líneas? ¿No opina usted también que aquel artículo que en *La España Moderna* vino á corroborar el de usted, artículo titulado *Lo que es y lo que debiera ser el Ejército*, y que lleva la firma *Arcadio L. de la Cámara*, donde, entre otras cosas muy graves, se asegura que “al cuerpo de la milicia española le falta algo que no acertaré á definir

concretamente, pero que se traduce por falta de cohesión, de respetos, de entusiasmos," y que el ejército vive hoy "con vida menguada, como organismo de discutible utilidad, ó si se quiere, como instrumento de respeto," y que "la familia militar aparece hoy falta de medios para alternar con las demás clases sociales, obscurecida, puesta al nivel de las que en último lugar dependen del Estado;" que "el militar es hoy ni más ni menos que un empleado cualquiera," etc., etc.; no opina usted, repito, que este artículo, escrito al parecer por sastre que conoce el paño, es más acreedor á que usted se emplee en desmentirlo, que mis insignificantes líneas? Yo, Sr. Barado, no puedo menos de creer que usted, en este caso, obedeció, mejor que á los impulsos de su iniciativa, á eso que llaman *espíritu de cuerpo*, que en cierto modo le imponía á usted la obligación de aplicar triaca al veneno destilado quizás—no le duela la afirmación—por el artículo de usted y por el que le sirve de escolio recargando el cuadro. ¿Y no es extraño asimismo que persona tan avisada y entendida como usted, que debe tener alguna idea de la legislación de imprenta, se haya tragado buenamente el *canard* de la denuncia, siendo así que á la mera lectura de los párrafos en cuestión resultaba claro como la luz del día que no hay allí materia denunciabile ni aun para el leguleyo de peor fe?

Discurramos con la buena fe que nos caracteriza, Sr. Barado. Yo aprecio mucho á bastantes distinguidos oficiales del Ejército, entre los

cuales si no hay razón para que cuente admiradores, como usted afirma, sé al menos con certeza que tengo algún excelente amigo. A mí me duele y me repugna mortificar ó zaherir á nadie por inadvertencia, pues de propósito no cabe que lo haga jamás. Si para el dicitario soez, cuya hilaza veo patente, soy de un mármol que desprecia, para el lastimado decoro soy de mantequilla de Soria. Por mí no quisiera que nadie pudiese juzgarse agraviado, en ninguna ocasión ni lugar. Que no fue mi ánimo inferir ofensa, pruébalo hasta el descuido con que cité á usted de memoria, equivocando el contexto de uno de sus párrafos: tan aprisa escribí, en una fonda, donde no tenía más libros que la *Guía Badeker*. Usted no puede dudar que yo, y cualquiera que disponga de quince días y una regular facultad de asimilación, defiende el dictamen menos fundado y lo robustece con pruebas y citas de autoridades competentes: en el caso actual, con sólo repetir sin comentarios lo que ustedes un día tras otro dicen de sí mismos, ya tendría tela cortada: me guardaré de obrar así: creo que el escritor, si lleva dentro un átomo de vocación, aunque modesta, perseverante, no escribe según el azar de las discusiones y las contradicciones que suscitará se le puedan: va derechamente adonde le guía su propósito, y puesta la mano en el arado no vuelve la cabeza atrás. Es cuanto tenía que contestar á usted, y cuanto le ruego que repita á los señores oficiales á quienes han herido en sus más vivos sentimientos, según usted afirma,

mis dos páginas; por supuesto, siempre que esos señores oficiales practiquen, como no dudo que practicarán, aquel hermoso aforismo militar del General Galvis: "La energía no reside indudablemente en las palabras, sino que se manifiesta por hechos: y éstos, la mayor parte de las veces, están en razón inversa de las baladronadas intempestivas, groseras y ridículas". ¡Ah! Y dígales también—si no le enoja tanto encargo—que mi libro *Al pie de la torre Eiffel* va á ser reimpresso en castellano y traducido al francés: y que me duele muy de veras no seguir mi natural impulso suprimiendo los párrafos que han podido molestarles, como lo haría inmediatamente á no haberse alzado el vocerío insultante y amenazador, que de fijo, más aún que en mis oídos, habrá resonado penosamente en el alma de esos pundonorosos y corteses señores oficiales.

AL PIE DE LA TORRE EIFFEL

CARTA I

¡FRANCIA! AQUEL PARÍS.....

Madrid, 7 Abril.

SI yo no conociese bastante la gran capital de Francia, ¡qué emoción experimentaría al encontrarme, como quien dice, puesto el pie en el estribo para salir hacia hacia ella, con objeto de escribir del magno acontecimiento, la Exposición Universal de 1889!

Quien nunca vió á París, sueña con la metrópoli moderna por excelencia, á la cual ni catástrofes militares y políticas, ni la decadencia general de los Estados latinos, han conseguido robar el prestigio y la mágica aureola que atrae al viajero como canto misterioso de sirenas. Para el mozo sano y fuerte, París es el placer y el goce vedado y picante; para el valetudinario, la salud conseguida por el directorio del gran médico especialista; para la dama